

*In memoriam*  
**Profesor Juan Roberto Courrèges**  
**15/09/1931 - 24/01/2009**

Juan Roberto Courrèges se graduó en la Universidad Católica Argentina como Profesor y Licenciado en Filosofía en el año 1966. Fue alumno y colaborador predilecto de Mons. Derisi, quien quiso que fuera su asistente en Gnoseología en la UCA, apenas conseguido el grado universitario. Posteriormente, Mons. Derisi también lo convocó para ser su Adjunto en Metafísica. En ambas cátedras lo sucedió como Profesor Titular (en 1976 y en 1988, respectivamente). También en la UCA enseñó Lógica y Filosofía de la Naturaleza, y en 1977 fue designado como Profesor Ordinario. Dirigió el Instituto de Integración del Saber (1977-1978) de la misma Universidad. Fue también Director del Departamento de Filosofía (1988-1998) y luego Decano, elegido por el claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, durante dos períodos consecutivos (1990-1998). Se desempeñó como Secretario de la revista *Sapientia* (1988-1990). Enseñó Filosofía en el Seminario de Morón entre los años 1980 y 2001. Además, era miembro de la Sociedad Tomista Argentina, de la que fue Vicepresidente entre 1996 y 1999. Fue Profesor en diversas asignaturas en el Centro de Estudios de la Orden de Predicadores de la UNSTA (Buenos Aires) desde 1976 hasta 1989, y allí retomó la docencia el año 2008. El CEOP tiene así el honor de haber sido el lugar donde el profesor Courrèges impartió sus últimas lecciones.

Se destacó como un intelectual cristiano en humilde búsqueda de la verdad. En ese camino había elegido como guía la filosofía de Santo Tomás de Aquino, por fidelidad a las recomendaciones de la Iglesia y por convicción personal. Decía que Santo Tomás le enseñaba a entender la realidad. Entre los filósofos tomistas tenía una especial estima por Etienne Gilson, cuya agudeza, claridad y hasta sentido del humor, sabía transmitir en sus clases y contagiaba a sus alumnos.

Courrèges profesaba la más genuina vocación a la enseñanza universitaria, que vivió de manera ejemplar durante más de cuatro décadas. Compartía con Ortega y Gasset la opinión de que es necesario distinguir, y hasta

separar, docencia e investigación. Sabía perfectamente bien, y no tenía ningún complejo en decirlo, que la investigación no sólo no era su fuerte, sino que sencillamente no era "lo suyo". Eso no le impedía ser un ávido lector, sino que, por el contrario, lo ratificaba en sus incansables lecturas, por las que llegó a conocer multitud de trabajos sobre una gran variedad de temas. Su fecundísima trayectoria nos convence, como él mismo sabía, de que en muy contados casos se reúnen felizmente investigación y docencia, y que por lo tanto no es lo más razonable hacer de una excepción la regla misma. El ejemplo del profesor Courrèges es una prueba viviente, a contrapelo de la opinión fuertemente instalada hoy día, de que es posible alcanzar el máximo nivel como docente universitario sin ser un investigador de carrera.

Courrèges estaba consagrado a la docencia. Su desvelo eran sus clases y sus alumnos. Procuraba no dejar nunca una pregunta sin responder, o una duda sin aclarar. Ponía su persona, sus conocimientos, sus libros, al servicio del crecimiento de los estudiantes. Esto lo distinguía de manera notable: permanecía oculto, mientras hacía crecer y madurar a sus alumnos. No buscaba el reconocimiento y hasta quedó sinceramente perplejo cuando le comunicamos nuestra intención de homenajearlo\*. A nosotros nos parecía evidente nuestra deuda para con él, pero el profesor tardó bastante en hacerse a la idea. Era más que un profesor, era un verdadero maestro.

Un rasgo que lo distinguía eran los lazos de amistad que sabía forjar con sus estudiantes. Era una amistad basada en la confianza sin familiaridades la que nos otorgaba; hasta mantenía casi invariablemente el «usted». Era también una manera de exigir de nosotros lo más que podíamos dar. Siempre que le resultaba posible, asistía a las defensas de tesis, tanto de licenciatura como de doctorado. Lo hacía con la convicción de asistir a un momento importante en la vida intelectual y académica de sus estudiantes. Sus extensos conocimientos le permitieron dirigir además incontables trabajos de investigación.

Pero Courrèges quería ser fundamentalmente un buen cristiano. Aunque ciertamente no indiferentes, la filosofía, los libros, la Universidad, eran sobre todo medios para ese fin. Su claro espíritu laical no excluía el trato frecuente y cordial con algunos eclesiásticos, hombres de cultura también, a quie-

---

\* El homenaje consistió en una colección de más de cuarenta trabajos ofrecidos por colegas y alumnos del profesor, reunidos en el volumen *Contemplata aliis tradere. Miscelánea homenaje al profesor Juan R. Courrèges en su 75° aniversario* (editado por Oscar H. Beltrán, Héctor J. Delbosco, Juan F. Franck, Juan Pablo Roldán), Dunken, Buenos Aires, 2007.

nes en ocasiones él había contribuido a formar. Porque el profesor conocía también su responsabilidad en la formación de los sacerdotes, que requiere una filosofía sana y conforme a las enseñanzas de la Iglesia. El profesor sumaba al estudio la piedad, y nutría su piedad con la fidelidad al Magisterio de la Iglesia. La razón y la fe no eran para él dos ámbitos separados y completamente independientes, sino esas “dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” (*Fides et Ratio*, comienzo).

Fruto de su docencia son, además de sus mismos alumnos, las inestimables guías y traducciones que preparaba para sus clases. Sus cuadernillos, que esperamos ver publicados próximamente, están escritos con un talante pedagógico incomparable. Su objetivo es que con su lectura se aprenda y entienda la materia. Y lo consiguen. Son sencillos sin caer en la simplificación. Al leerlos se oye al profesor que se dirige al alumno explicándole los temas. Por eso podía leerlas detenidamente en clase, haciendo pausas para abundar en un punto o en otro, y se tenía la impresión de que el profesor se dirigía a cada uno de los presentes.

La repentina partida de Courrèges nos tomó por sorpresa. Pero esa manera de partir nos deja vivo su ejemplo. En nuestra memoria, en nuestra inteligencia y en nuestro afecto estará siempre presente. El último año en la UNSTA fue muy importante para él. Sintió el reconocimiento del ámbito universitario y retomó aquí lo que más amaba: enseñar. No debemos olvidar esta lección viviente que fue nuestro querido profesor: antes que para el lucimiento personal, la cátedra es el lugar desde donde alimentar la inteligencia de los alumnos. Por eso, Courrèges elevó la vocación a la docencia universitaria a su mayor dignidad. Ojalá algún día se pueda decir esto mismo de nosotros.

*Juan F. Franck*